

—Vienes á que yo te lo preste á tí. Pierdes el tiempo. Yo solo soy útil á los que están cansados de la vida.

—Vuestras palabras me indican que sois el hombre que necesito... pero vuestra estatura... Han de Islandia es un gigante... no podeis ser vos.

—Es la primera vez que lo duda un hombre delante de mí.

—Sois vos! El recién venido se aproximó al bandido.—Me dijeron que érais de estatura colosal.

—Añade mi fama á mi estatura y me verás más alto que el Hecla.

—Pues respondedme, os lo suplico. Sois Han de Islandia?

—No respondo á esa pregunta con palabras, dijo el hombrecillo levantándose, y la mirada que lanzó al recién llegado le hizo retroceder tres pasos.

—Pues bien, vuestra mirada me ha respondido, replicó éste dirigiendo la vista hácia la entrada de la galería, como arrepentido de haber entrado en ella.—Solo vuestros intereses me traen aquí.

Al penetrar en la estancia el embozado, solo pudo entrever al huésped de las ruinas de Arbar y conservó la sangre fría; pero cuando éste se puso en pié, con su rostro de tigre, sus miembros fornidos, sus hombros ensangrentados, cubiertos apenas con la piel fresca aun, sus enormes manos provistas de cortantes uñas y su chispeante mirada, se estremeció, como el ignorante viajero que cree acariciar una águila y se siente mordido por una víbora.

—Mis intereses? contestó el monstruo. ¿Vienes á darme parte de que hay algun manantial que envenenar, algun pueblo que incendiar, algun arcabucero de Munckholm á quien arrancar la vida?

—Tal vez. Prestadme atencion: los mineros de Noruega se han rebelado, y ya sabeis cuántos desastres acarrea una rebelion.

—Sí; el asesinato, el estupro, el sacrilegio, el incendio y el saqueo.

—Todo eso os ofrezco yo.

El hombrecillo se echó á reir.

—No tengo necesidad de que me lo ofrezcas para tomármelo.

—Os propongo, en nombre de los mineros, el mando en jefe de la insurreccion.

Quedó pensativo por un momento el hombrecillo; y luego de repente, su fisonomía sombría adquirió expresion de malicia infernal.

—Me lo propones en su nombre? preguntó.

Esta pregunta pareció desconcertar al recién llegado, pero creyendo ser desconocido para su terrible interlocutor, no tardó en serenarse.

—Por qué se rebelan los mineros?

—Para librarse de la carga de la tute-la real.

—Por eso nada más? repuso el otro con tono burlon.

—Tratan tambien de libertar al prisionero de Munckholm.

—¿Y ese es el único objeto de la revuelta? repitió el hombrecillo, siempre con el acento que desconcertaba al embozado.

—Yo no conozco otro.

—Ah! no sabes que tenga otro!...

El tono irónico de estas palabras turbaron al recién llegado, hasta el punto de que, para disimular su turbacion, sacó de debajo de la capa una bolsa, que arrojó á los piés del monstruo.

—Ahí están los honorarios de vuestro empleo.

Dió un puntapié á la bolsa el hombrecillo.

—No los quiero. ¿Te parece que si yo tuviese deseos de tu oro ó de tu sangre, esperaria tu permiso para satisfacerlos?

El embozado hizo un gesto de sorpresa y de espanto.

—Estoy encargado de entregaros ese presente de parte de los mineros.

—Te repito que no lo quiero. Me es el oro completamente inútil. Los hombres venden el alma, pero no venden la vida; de modo que no hay más remedio que tomársela.

—Anunciaré, pues, á los jefes de los mineros que el formidable Han de Islandia se limita á aceptar su mando en jefe...

—Yo no lo acepto.

Estas palabras, pronunciadas en tono seco y decisivo, causaron desagradable impresion en el embozado.

—No?

—No.

—¿Renunciáis á participar de una expedicion que os ofrece tantas ventajas?

—Puedo yo solo saquear los cortijos, talar los campos y aniquilar á los hombres.

—Si aceptais la oferta de los mineros se os asegura la impunidad.

—¿Me prometes tambien la impunidad en nombre de los mineros? preguntó el monstruo riendo.

—No quiero ocultaros, respondió el

embozado con aire misterioso, que es en nombre de un poderoso personaje que se interesa en la insurreccion.

—¿Y ese personaje está seguro de no ir á la horca?

—Si le conociérais no diriais eso.

—Ah!... pues quién es?...

—No puedo descubrirlo.

Avanzó el hombrecillo y, dando un golpe en las espaldas al embozado, le preguntó, siempre con risa sardónica:

—Quieres que yo te lo diga?

El hombre de la capa hizo visible movimiento, que indicaba su espanto y su orgullo herido. No se esperaba esta brusca interpelacion del monstruo, cómo no se esperaba tampoco su salvaje familiaridad.

—Me estoy burlando de tí, prosiguió éste. Ignoras que lo sé todo: ese poderoso señor es el gran canciller de Dinamarca y de Noruega, y el gran canciller de Noruega y Dinamarca eres tú.

El era, en efecto. En cuanto llegó á las ruinas de Arbar, hácia las que le dejamos viajando con Musdæmon, quiso encargarse de seducir al bandido, estando muy lejos de creer que éste le conocia y le esperaba. Jamás en lo sucesivo pudo el conde de Ahlefeld saber, á pesar de su poder y de su sagacidad, cómo Han de Islandia habia logrado esos informes. ¿Le habria vendido Musdæmon? El fué verdaderamente el que insinuó al conde la idea de presentarse personalmente al bandido; ¿pero qué interés le reportaba esta perfidia? ¿Se habria acaso el islandés apoderado de alguna de sus víctimas y de documentos relativos á los proyectos del gran canciller? Federico y Musdæmon eran los dos únicos seres vivientes que conocian el plan de su padre, y aunque Federico era frívolo, era incapaz de comprometer semejante secreto. Por otra parte, Federico estaba de guarnicion en Munckholm, al menos el gran canciller lo creia así. Los que lean la continuacion de esta escena no podrán resolver mejor que el conde este problema y verán las probabilidades que podian sacarse de esta última hipótesis.

Una de las cualidades que en más alto grado poseia el conde de Ahlefeld era la presencia de ánimo. Cuando vió que el monstruo pronunciaba rudamente su nombre, no pudo reprimir un grito de sorpresa; pero en un instante pasó su fisonomía, pálida y altanera, de la expresion del temor y del asombro á la de la calma y la serenidad.

—Pues bien, dijo, quiero ser franco con

vos. Soy el canciller. Pero sed franco vos tambien.

Interrumpió una carcajada á su interlocutor.

—¿Me hice de rogar para decirte mi nombre y el tuyo?

—Decidme con igual sinceridad cómo habeis sabido quién era yo.

—¿No te han asegurado que Han de Islandia vé á través de las montañas?

El conde no quiso insistir.

—Ved en mí un amigo, le dijo.

—Dame la mano, conde de Ahlefeld, le contestó brutalmente el hombrecillo. Despues, mirando al canciller cara á cara, exclamó:—Si nuestras dos almas se desprendieran de nuestros cuerpos en este momento, creo que Satanás se veria apurado para decidir cuál de las dos es la del monstruo.

Mordiése los labios el altivo magnate, pero el temor que le causaba el bandido y el deseo de hacerle su instrumento contuvieron su enojo.

—No desconozcais lo que os interesa; aceptad el mando de la insurreccion y contad con mi gratitud.

—Canciller de Noruega, cuentas con el éxito de tus empresas como una vieja que piensa en la saya que quiere hilar con cáñamo robado, y las zarpas del gato enredan los hilos de su rueca.

—Pensadlo bien antes de rehusar mis ofertas. Os lo digo por última vez.

—Pues por última vez, yo, bandido, te digo á tí, gran canciller de los dos reinos: no, no.

—Otra respuesta esperaba yo despues del gran servicio que me prestásteis.

—¿Qué servicio? preguntó el monstruo.

—¿No asesinásteis vos al capitán Dispolsen?

—Tal vez, conde de Ahlefeld, pero yo no le conozco. Quién era ese hombre?

—¿No cayó acaso en vuestras manos un cofrecillo de hierro que llevaba encima de él?

Ese detalle fijó los recuerdos del bandido.

—Sí, dijo; ahora recuerdo á ese hombre y ese cofrecillo. Le maté en las plazas de Urechtal.

—Mi gratitud no tendria límites si pudiérais entregarme ese cofrecillo. ¿Qué le ha sucedido? Debe encontrarse en vuestro poder.

Tanto insistió el conde en este punto, que llamó la atencion de Han de Islandia.

—Esa caja de hierro parece muy importante para su gracia, canciller de Noruega.

—Sí.

—¿Qué recompensa obtendré si te digo dónde la hallarás?

—Todo lo que deseeis, amigo Han.

—Sí?... pues no lo quiero decir.

—No os burleis... que ese cofrecillo es muy importante para mí.

—Eso creo.

—Os aseguraré inmensa fortuna... pediré al rey vuestro perdón y vuestro indulto.

—Empieza por pedirme el tuyo, contestó el mónstruo. Escúchame, gran canciller de Dinamarca; los tigres no devoran á las hienas. Saldrás vivo de aquí porque eres perverso, y porque cada instante de tu vida, cada pensamiento tuyo, produce una desgracia para los hombres y un crimen para tí. Pero no vuelvas á verme, porque si vuelves te probaré que mi odio á nadie perdona, ni á los malvados. En cuanto al capitán del cofrecillo, no creas que por tí lo asesiné; le perdió el uniforme, como á ese otro miserable, á quien tampoco he asesinado por complacerte, te lo juro.

Diciendo esto, cogió al conde del brazo y lo arrastró hácia el cuerpo tendido en la sombra; la luz de la linterna del canciller cayó sobre dicho cuerpo. Era el de un cadáver mutilado, que vestía el traje de oficial de los arcabuceros de Munckholm. Acercóse á él el conde con horror; de repente fijó la mirada en el rostro pálido y sangriento del muerto; á pesar de tener ya la boca azul y entreabierta, los cabellos erizados, las mejillas lívidas y los ojos sin luz, reconoció el cadáver, lanzando este grito espantoso:

—Cielos! Federico! Mi hijo!

No puede dudarse de que los corazones más desecados y endurecidos en la apariencia, ocultan siempre en uno de sus pliegues más recónditos algún afecto que ellos mismos no conocen, y que se esconde entre pasiones y vicios, como testigo misterioso y como vengador futuro; parece que está allí para hacer que un día el crimen conozca el dolor: espera mudo que llegue su hora. El hombre perverso lo lleva en su seno y no lo conoce, porque ninguna de las aficciones ordinarias es bastante fuerte para penetrar la espesa corteza de egoísmo y maldad en que se envuelve; pero si se presenta inesperadamente alguno de los raros y verdaderos dolores de la vida, se hunde en el golfo de aquella alma, como una espada, tocando hasta su fondo. Revelase entonces al criminal desgraciado el afecto

desconocido, tanto más violento cuanto era más ignorado; tanto más doloroso cuanto era menos sensible; porque el aguijón del infortunio ha debido agitar el corazón mucho más profundamente para llegar hasta él. La naturaleza se despierta y se desencadena, y entrega al miserable á amarguras desconocidas y á suplicios inauditos; y prueba, reunidos en un instante, todos los sufrimientos que promovían su mofa durante largos años. Opuestos tormentos le desgarran á la vez, y su corazón, presa de hondo estupor, se agita víctima de torturas convulsivas; parécete que acaba de entrar en el infierno de la vida y que acaba de revelársele algo más terrible que la desesperación.

El conde de Ahlefeld amaba á su hijo sin conocerlo, y decimos su hijo porque desconocía el adulterio de su esposa y le creía el heredero directo de su nombre. Convencido de que Federico estaba de guarnición en Munckholm, no esperaba encontrarle en las ruinas de Arbar, ni mucho menos encontrarle muerto. Sin embargo, estaba allí, descolorido, ensangrentado... era él... no podía dudarlo. Imagínese el lector lo que debió pasar en el corazón de aquel hombre cuando adquirió la certidumbre de amarle al mismo tiempo que la certidumbre de haberle perdido. Como si le aniquilara un rayo, la sorpresa, el espanto y la desesperación le arrojaron desplomado al suelo, retorciéndose los brazos y repitiendo lastimeramente:

—Mi hijo! mi hijo!

El bandido echóse á reír, y era horrible espectáculo oír aquella risa brutal entre los gemidos de un padre ante el cadáver de su hijo.

—¡Por el alma de mi abuelo Ingolfo el Exterminador te juro, conde de Ahlefeld, que puedes gritar cuanto quieras sin peligro de despertarle!

Esto dijo el bandido: un momento después su rostro se anubló y exclamó con voz sombría:

—Llora á tu hijo; yo vengo al mío!

Rumor precipitado de pasos que sonaban en la galería interrumpió á Han de Islandia, y al volver la cabeza sorprendido, penetraron en la estancia, sable en mano, cuatro hombres de alta estatura y otro pequeño y grueso que les seguía, llevando en la mano izquierda una hacha encendida y en la derecha una espada desenvainada. Iba embozado en una capa oscura, parecida á la del gran canciller.

—Señor, exclamó, os oímos y acudimos en vuestra ayuda.

Habría reconocido ya el lector en los cinco recién venidos á Musdæmon y á los criados armados, que componían la comitiva del conde.

Cuando la luz del hacha alumbró la estancia, paráronse horrorizados los que acababan de entrar; espantoso era, en efecto, el espectáculo que se ofreció á su vista. A un lado los restos ensangrentados del lobo, al otro el cadáver mutilado del jóven oficial; luego al conde con los ojos desencajados, lanzando gritos lastimeros, y junto á él el formidable bandido, volviendo hácia sus enemigos el semblante horrible, en el que se leía su asombro impávido.

Al encontrarse el conde con este inesperado refuerzo, la idea de la venganza se apoderó de él y le hizo pasar de la desesperación á la rabia.

—Matad á ese bandido! gritó poniéndose en pié y tirando de la espada. ¡Matadle! Matadle!

—Asesinó al conde Federico? preguntó Musdæmon, y la antorcha que llevaba en la mano no alumbró la menor alteración en su rostro.

—Muera! muera! dijo furioso el conde.

Los seis hombres se lanzaron juntos contra el mónstruo. Éste, sorprendido por el brusco ataque, retrocedió hácia la abertura que daba sobre el precipicio, dando un rugido feroz, que más anunciaba la cólera que el temor.

Seis espadas se dirigían contra él y sus ojos estaban más inflamados y sus facciones eran más amenazadoras que las de sus adversarios. Cogió su hacha de piedra y, reducido por el número de sus enemigos á limitarse á la defensa, hacia girar con su mano dicha arma con tal rapidez, que el círculo de su rotación le cubría como un escudo. Brotaban infinitas chispas con ruido claro de las puntas de las espadas al chocar con el filo del hacha, pero ninguna hoja alcanzaba á su cuerpo. Sin embargo, estaba cansado de su anterior combate con el lobo, perdía terreno visiblemente, y pronto se vió empujado al mismo dintel de la puerta abierta sobre el abismo.

—Amigos míos, valor! ¡Arrojemos al mónstruo al precipicio!

—Antes que yo caiga, caerán en él las estrellas, replicó el bandido.

Aumentó el valor y la audacia de los agresores ver al hombrecillo precisado á bajar un escalón de la escalera suspendida sobre el abismo.

—Adelante! Tendrá que caer! ¡Un esfuerzo más! ¡Miserable, has cometido ya tu último crimen! gritó el gran canciller.

Mientras con la mano derecha continuaba las terribles evoluciones de su hacha, el bandido cogió con la izquierda una trompa de cuerno que llevaba suspendida en el cinto, y llevándola á los labios produjo varios sonidos roncós y prolongados, á los que respondió en seguida un rugido que salía del abismo.

Poco después, al verse obligado Han de Islandia á bajar el segundo escalón, apareció la enorme cabeza de un oso blanco en el extremo roto de la escalera. Con asombro y espanto retrocedieron al verle los agresores.

Acabó el oso de subir la escalera con tardos pasos, presentándoles la sangrienta boca y los acerados dientes.

—Gracias, amigo Friend! gritó el bandido; y aprovechándose de la sorpresa de los agresores, montó en la espalda del oso, que empezó á bajar hácia atrás, presentando siempre la cabeza amenazadora á los enemigos de su amo.

Vueltos en sí de su estupefacción, vieron que el oso se llevaba al bandido á distancia á que no podían alcanzarle, y que bajaba al abismo agarrándose á los añosos troncos de los árboles y á los ángulos salientes de los peñascos. Quisieron el conde y los suyos precipitar sobre el bandido peñas que lo aplastaran; pero antes de que pudiesen dejar caer al abismo una de aquellas sólidas masas de granito, el bandido y su extraña cabalgadura desaparecieron en el fondo de una caverna.

XXVI.

No, no riamos más. Lo que me parecía tan gracioso, tiene su lado serio, muy serio, como todo en el universo. Creedme, la palabra casualidad es una blasfemia; nada bajo el sol sucede por casualidad.

(LESING.—Emilia Galotti.)

Verdaderamente en lo que los hombres llaman casualidad se descubre muchas veces una profunda razón: hay en los sucesos una mano misteriosa que les marca en cierto modo el camino y el término. Se habla mucho contra los caprichos de la fortuna y contra las injusticias de la suerte, pero de repente salen del caos espantosos relámpagos ó maravillosos rayos de luz, y la sabiduría humana tiene que humillarse ante los decretos del destino.

Por ejemplo: Federico de Ahlefeld ostentaba en suntuoso salón, á los ojos

de las damas de Copenhague, la magnificencia de sus vestidos, la fatuidad de su rango y la presuncion de sus palabras; si algun hombre que adivinase el porvenir hubiese turbado la insustancialidad de sus pensamientos con graves revelaciones; si le hubiera dicho que algun dia el brillante uniforme, que le llenaba de orgullo, causaria su pérdida; que un mónstro con faz humana beberia su sangre, como bebia el, voluptuoso sibarita, los vinos de Francia y de Bohemia; si le hubiera dicho que sus cabellos, para los que nunca tenia bastantes esencias y perfumes, barrerian el polvo de una caverna de fieras; si le hubiera dicho que aquel brazo, que ofrecia con tanta gracia para que sirviera de apoyo á las bellas de Charlottembourg, seria arrojado á un oso para pasto, como un hueso de cabrito medio roído, ¿qué hubiese respondido Federico á esas lúgubres profecías? Hubiera contestado con una carcajada ó con una pirueta, y, lo que es más terrible todavía, todo hombre dotado de razon hubiera aplaudido al insensato.

Examinemos ese destino desde más alto. ¿Es misterio extraño que recaiga el crimen del conde y de la condesa de Ahlefeld en ellos como castigo? Urdieron una trama infame contra la hija de un prisionero: esta desgraciada encuentra, por casualidad, un protector, que cree necesario alejar á Federico, encargado por sus padres de ejecutar su abominable designio. Este hijo, su única esperanza, es separado del teatro de la seducción, y, apenas llega á su nuevo destino, otra casualidad vengadora le hace encontrar la muerte. Así es que, queriendo deshonorar á una jóven inocente y aborrecida, los padres han arrojado al sepulcro á su hijo querido y culpable. Su infame accion les ha acarreado la desgracia.

XXVII.

Aquí está la hermosa condesa... Perdonad, señora, si no puedo disfrutar más tiempo de vuestra visita... Estoy muy ocupado... Otra vez será... Por hoy es imposible deteneros más tiempo.

(EL PRÍNCIPE Á ORSINA.)

Al dia siguiente de ir á Munckholm el gobernador de Drontheim, mandó que engancharan los caballos á su coche de viaje por la madrugada, esperando partir antes que se levantase la condesa de Ahlefeld, pero ya dijimos que el sueño de ésta era muy ligero.

Acababa el general de firmar las últimas recomendaciones que dirigia al obis-

po, en cuyas manos debía quedar el gobierno, y ya estaba en pié, despues de ponerse su tabardo de pieles, para salir, cuando el ujier anunció á la esposa del canciller.

Este contratiempo desconcertó al veterano, acostumbrado á sonreir ante la metralla de cien cañones, pero no ante los artificios de una mujer. Despidióse, no obstante, de la condesa con amabilidad y no dió muestras de enojo hasta que la vió inclinarse hácia él con aire astuto, al que daba el carácter de confidencial.

—En fin, noble general... qué os dijo?

—Quién, Poel? me dijo que tenia ya dispuesto el coche.

—Os hablo del prisionero de Munckholm, general.

—Ah!...

—¿Respondió al interrogatorio satisfactoriamente?

—Sí... contestó el gobernador, cuya turbacion era visible.

—¿Teneis pruebas de su complicidad en la rebelion de los mineros?

Al general Levin se le escapó la siguiente exclamacion:

—Noble señora, es inocente.

En seguida se detuvo, porque acababa de expresar una conviccion de su corazon, pero no de su cabeza.

—Inocente! repitió la condesa consternada, aunque con acento de incredulidad, porque temia que Schumacker hubiese demostrado su inculpabilidad al general, lo que hubiera trastornado el plan del gran canciller.

El gobernador tuvo tiempo para reflexionar, y respondió á las instancias de la condesa con un tono de voz que revelaba la duda, y ella quedó algo más tranquila.

—Inocente... sí... como gustéis...

—Como yo quiera, general? y la cancellera soltó una carcajada.

Su risa ofendió al gobernador.

—Me permitiréis que no rinda cuentas de la entrevista con el ex-canciller más que al virey.

Diciendo esto saludó profundamente y bajó al patio, donde ya le esperaba el coche.

—Vete, caballero errante, se decia á sí misma la condesa de Ahlefeld, entrando en sus habitaciones; vete, que tu ausencia nos libra del protector de nuestros enemigos. Vete, que tu partida será la señal de la vuelta de Federico. ¡Vaya, que fué ocurrencia! ¡Enviar al jóven más galán de Copenhague á esas hor-

ribles montañas! ahora, por fortuna, no me será difícil conseguir que vuelva.

Pensando en su hijo se dirigió á su doncella favorita, diciéndola:

—Querida Lisbeth, encargarás á Berghen de los pequeños peines que nuestros elegantes llevan en el pelo; te enterarás de la última novela publicada por la famosa Scudery, y cuidarás de que laven con mucho cuidado todas las mañanas con agua rosada á la mona de mi hijo Federico.

—Es que vuelve el señor Federico? preguntó Lisbeth.

—Ya se vé que sí; y para que tenga gran satisfaccion de volverme á ver, es preciso hacer lo que él desea; quiero sorprenderle á su vuelta.

Pobre madre!

XXVIII.

Sale el gallardo español valiente y determinado,
.....
porque el paternal amor y de su madre el dolor le han puesto en aquel estado; y con paso nada tardío empuña una gruesa lanza, puesta en ella su esperanza: sale corriendo Bernardo por las orillas de Arlanza. (ROMANCERO.)

En cuanto Ordener bajó de la torre, desde la que acababa de ver el fanal de Munckholm, buscó por todas partes á su guia, el infeliz Spiagudry, y despues de llamarle á gritos, á los que solo respondió el eco de las ruinas, quedó sorprendido, pero no asustado, de su inconcebible desaparicion, que atribuyó á algun terror pánico del asustadizo conserje. Se reprochó generosamente haberle abandonado durante algunos instantes, y se decidió á acabar de pasar la noche sobre las rocas de Oelme para darle tiempo para volver. Tomó algun alimento, y envolviéndose en la capa, se acostó cerca de la hoguera que se extinguia, depositando un beso en el rizo del cabello de Ethel. No tardó en dormir, porque puede dormirse con el corazon inquieto cuando la conciencia está tranquila.

Al salir el sol estaba ya en pié, y todo lo que halló de Spiagudry fué el morral y la capa, abandonados en la torre, lo que creyó indicios de precipitada fuga. Entonces, desesperando de volver á verle allí, se decidió á partir solo, porque al dia siguiente tenia que encontrarse con Han de Islandia en Walderhog.

Sabemos desde los primeros capítulos de esta obra que Ordener se habia fami-

liarizado desde sus primeros años con las fatigas de la vida errante y aventurera. Habiendo recorrido muchas veces el Norte de la Noruega, no necesitaba ya guia desde el momento en que supo dónde habia de encontrar al bandido. Dirigió, pues, hácia el Noroeste su viaje solitario.

Caminó un dia entero á través de las montañas que, saliendo á manera de costillas, de trecho en trecho, de la cordillera principal que atraviesa á la Noruega en toda su longitud, se extienden, disminuyendo en altura progresivamente hasta el mar, donde se hunden; de modo que todas las playas de aquel pais solo presentan una série de promontorios y de golfos, y todo el interior de las tierras una seccion de montañas y de valles; disposicion del terreno que ha hecho comparar á la Noruega á la espina mayor de un pez.

No era cómodo viajar por aquel pais. Unas veces era preciso seguir por único camino el lecho pedregoso de un torrente desecado; otras veces era preciso franquear por medio de puentes temblorosos, hechos de troncos de árboles, los mismos caminos por donde habian pasado la vispera torrentes impetuosos.

Caminaba Ordener horas enteras algunas veces sin que le revelara la presencia del hombre en esos sitios incultos más que la aparicion intermitente y alternativa de las aspas de los molinos de viento en la cumbre de una colina, ó el rumor de alguna fragua lejana, cuyo humo se inclinaba al soplo del viento como negro penacho.

De tarde en tarde alguno que otro montañés, montado en un rocín de pelo gris, de cabeza gacha y menos selvático que su amo; ó algun mercader de pieles sentado en su trineo, tirado por dos rengíferos, detrás del que iba atada una cuerda con muchos nudos, que saltaba sobre las piedras del camino y estaba destinada para espantar á los lobos.

Si Ordener preguntaba al mercader por el camino de la gruta de Walderhog, —Seguid derecho hácia el Noroeste, le decia; encontrareis la aldea de Hervalyn, pasareis el barranco de Dodlysax, y esta noche podreis llegar á Surb, que solo dista dos millas de Walderhog.—Así respondia con indiferencia el comerciante nómada, que conocia solo la posicion y los nombres de los sitios que su profesion le obligaba á recorrer.

Si Ordener dirigia la misma pregunta al montañés, éste, profundamente pene-

trado de las tradiciones del país y de los cuentos del hogar, meneaba la cabeza muchas veces y paraba su rocin, diciendo:—Walderhog! ¡la caverna de Walderhog! en ella cantan las piedras, bailan los huesos y habita el demonio de Islandia. No será á la caverna de Walderhog donde vuestra cortesía quiera ir.

—A ella voy, respondió el joven viajero.

—Pues habreis perdido á vuestro anciano padre, se habrá incendiado vuestra granja ó su vecino le habrá robado el cerdo de San Anton.

—Nada de eso, replicó Ordener.

—Entonces será porque algun nigromántico haya echado algun conjuro sobre vuestro entendimiento.

—Buen hombre, decidme, si lo sabeis, el camino de Walderhog.

—Pues á eso contesto, señor. Id siempre hácia el Norte, y adios. Sé que podéis ir, pero no sé si podreis volver.

Y el montañés se alejaba haciendo la señal de la cruz.

A la triste monotonía de dicho camino se agregaba la incomodidad de la lluvia, fina y penetrante, que empezó á caer al medio día y que aumentaba las dificultades del camino. Ningun pajarillo se atrevía á volar, y Ordener, helado bajo la capa, solo veía volar por encima de su cabeza al azor ó al halcon-pescador, que, al ruido de sus pasos, salían bruscamente entre los juncos y espadañas de un estanque con un pez entre las garras.

Habia ya cerrado la noche cuando nuestro joven viajero, despues de cruzar el bosque de trembles y de abedules, contiguo al barranco de Dodlysax, llegó á la aldea de Surb, en la que Spiagudry queria fijar su cuartel general. El olor de brea y el humo de carbon indicaron á Ordener que se acercaba á una poblacion de pescadores. Llegóse á la primera choza que la sombra le permitió divisar. La entrada, baja y estrecha, estaba cerrada, segun la costumbre noruega, con una gran piel de pescado transparente, coloreada á la sazón por el resplandor trémulo y rojo del hogar encendido. Llamó Ordener en el amazon de madera de la puerta, gritando:

—Soy un viajero!

—Entrad, respondió una voz desde dentro.

Al mismo tiempo una mano servicial quitó la piel de pescado y Ordener fué introducido en la habitacion cónica de un pescador de las costas de la Noruega. Era una especie de tienda redonda, de

madera y de tierra, en medio de la que brillaba una hoguera, en la que la llama de púrpura de la turba se unía á la claridad blanca del abeto. Junto á la hoguera, el pescador, su mujer y dos niños cubiertos de andrajos, estaban sentados delante de una mesa cubierta de platos de madera y de vasijas de barro. En la parte opuesta, entre un monton de redes y de remos, dos rengíferos dormidos estaban tendidos sobre una cama de hojas y de pieles, cuya prolongacion parecia destinada á recibir el sueño de los amos de la casa y el de los huéspedes que pluguiese al cielo enviarles. Mas no se crea que á primera vista era fácil enterarse de la disposicion interior de la choza, porque el humo acre y pesado, que salía con dificultad por un agujero abierto en la cúspide del cono, envolvía todos los objetos con un velo espeso y movedizo.

Apenas entró Ordener, levantáronse el pescador y su mujer y le devolvieron el saludo con aire franco y afectuoso. Los aldeanos de la Noruega gustan mucho de los viajeros, ya porque el sentimiento de la curiosidad es muy vivo en ellos, ya por su natural inclinacion á dar hospitalidad.

—Señor, dijo el pescador, debeis tener hambre y frio; aquí hay fuego para secar la capa y excelente *rindebrot* para calmar vuestro apetito. Vuestra cortesía se dignará decirnos quién es, de dónde viene ó adónde vá, y qué historias son las que cuentan las viejas de su país.

—Sí, señor, añadió la mujer, y podreis, además de este excelente *rindebrot*, como dijo mi marido, comer un pedazo exquisito de stock-fish salado, sazonado con aceite de ballena. Sentaos, señor extranjero.

—Y si vuestra cortesía no es aficionado á la carne de San Usúo (1), repuso el pescador, tenga paciencia por unos momentos, que yo le respondo de que comerá un cuarto de cabrito que se chupe los dedos ó una ala de faisán. Estamos esperando al primer cazador de las tres provincias. No es verdad, Maase mia?

Maase, nombre que el pescador daba á su mujer, es una palabra noruega que significa *gaviota*.

—El mejor cazador, ciertamente, añadió ella con énfasis, es mi hermano, el famoso Kennybol. Ha venido á pasar unos dias con nosotros, y podreis, señor cazador, beber en la misma taza que él

(1) Patron de los pescadores.

algunos tragos de esta rica cerveza. El tambien es un viajero.

—Mil gracias, amable patrona, contestó Ordener sonriendo, pero tendré que contentarme con vuestro apetitoso stock-fish y con un tasajo de *rindebrot*. No tengo tiempo para esperar al famoso cazador, vuestro hermano. Tengo que ponerme en camino inmediatamente.

La buena Maase, disgustada de la próxima partida del extranjero y halagada por los elogios que éste prodigaba á su stock-fish y á su hermano, exclamó:

—Sois muy amable, señor; ¿por qué nos quereis dejar tan pronto?

—Es preciso.

—¿Por qué quereis internaros en esas montañas, á estas horas y haciendo un tiempo detestable?

—Porque tengo necesidad de partir en seguida.

Las contestaciones del joven picaban la curiosidad pueril de los pescadores y á la vez les causaban admiracion.

—Estais, señor extranjero, en casa del pescador Cristóbal-Buldus-Braall, en la aldea de Surb, dijo el marido.

—Maase Kennybol es su mujer y su criada, añadió la esposa.

Cuando los aldeanos noruegos querian preguntar cortésmente el nombre á un extranjero, acostumbraban á decirle antes el suyo.

Ordener respondió:

—Y yo soy un viajero que no está seguro del nombre que tiene, ni del camino que sigue.

Esta contestacion extraña no satisfizo al pescador Braall.

—Os aseguro, dijo, que creia que no habia en toda la Noruega más que un hombre que no esté seguro de su nombre; el baron de Thorvick, que se llamará conde de Danneskiold cuando celebre la boda con la hija del canciller. Esta es, querida esposa, la noticia más fresca que te traigo de Drontheim. Os felicito, señor viajero, por pareceros en esto al hijo del virey, el conde de Guldenlew.

—Ya que no podeis contestar á nuestra pregunta, añadió la mujer con el rostro inflamado de curiosidad, decidnos algo de lo que pasa por esos mundos de Dios: por ejemplo, del famoso matrimonio de que habla mi marido.

—Sí, repuso éste, dándose aires de importancia; es la noticia más reciente que circula en el país. Antes de un mes el hijo del virey se casa con la hija del gran canciller.

—Lo dudo, contestó Ordener.

—No lo dudeis, señor; os afirmo que es cosa resuelta. Lo sé de buena tinta. El que me lo comunicó lo sabia por el señor Poel, que es el criado favorito del baron de Thorvick. A no ser que alguna borrasca haya enturbiado el agua de seis dias á esta parte. ¿Creeis, señor, que no se verificará esa boda?

—Así lo creo, contestó Ordener sonriendo.

—En ese caso confieso que me equivoqué de medio á medio: no se debe encender la lumbre para freir el pescado antes de que éste entre en la red. ¿Es seguro el rompimiento? ¿Por qué conducto lo sabeis, señor?

—Lo sospecho, contestó Ordener, me lo figuro... Yo lo arreglo así.

Al oír estas palabras, el pescador no fué dueño de contener una carcajada.

—Dispense vuestra merced si me rio... se conoce que sois extranjero... ¿Os parece que los acontecimientos se han de verificar á medida de vuestros caprichos y que el tiempo esté claro ó nublado segun vuestra voluntad?

El pescador, versado en los asuntos nacionales como la mayoría de los aldeanos noruegos, explicó á Ordener las razones por las que no podia dejar de efectuarse semejante matrimonio: era conveniente para los intereses de la familia de Ahlefeld; el virey no podia rechazarlo, porque el rey lo deseaba; además, se aseguraba que unía á los futuros esposos una verdadera pasión; en una palabra, Braall aseguraba que esta union se verificaria, y hubiera querido estar tan seguro de matar al dia siguiente al maldito perro marino que infestaba el estanque de Mister-Bick.

Poco dispuesto estaba Ordener á sostener pacífica controversia con tan rudo hombre de Estado, cuando la llegada de un nuevo personaje le sacó de este embrazo.

—Es mi hermano! gritó la pescadora.

Era menester la llegada de un hermano para arrancarla á la admiracion contemplativa con que escuchaba la pesada charla de su marido.

Este, mientras los dos niños se precipitaban en brazos de su tío, le tendió la mano con mucha gravedad.

—Bien venido, hermano, dijo, y volviéndose hácia Ordener, añadió:—Nuestro hermano el famoso cazador Kennybol, de los montes de Kole.

—Saludo cordialmente á todos, dijo el montañés, quitándose la gorra de piel de oso. Poco cazo, querido Braall, en vues-